

LA PEQUEÑA PREDICADORA

Tina era una niñita que amaba mucho a Jesús. Su padre y su madre eran misioneros en una de las pequeñas islas Fidji, en el Océano Pacífico.

Mientras trabajaban en esa isla, muchos de los nativos enfermaron y murieron. Uno de los primeros que murió fue un anciano. Su entristecida familia pensó en el padre de Tina. ¿Querría él hacerse cargo del funeral?

El padre de Tina estuvo muy contento de ayudar a esta familia y a sus amigos. De esta manera, se hizo un funeral cristiano.

Un día llegó un nativo desde el otro lado de la isla en busca del misionero. Quería que el padre de Tina fuera allá y dirigiera un funeral.

Pero tanto el misionero como su esposa estaban enfermos, muy enfermos, y no podían ir. El padre de Tina le dijo: “Con mucho gusto iría a ayudarles; pero, como Ud. ve, estoy demasiado débil para hacer ese largo viaje”.

El nativo, muy afligido, contestó: “He viajado como dieciséis kilómetros para buscarlo. ¿Cómo puedo regresar sin Ud.?”

“Papá —rogó su hijita de doce años—, déjame ir a mí”.

“¡Oh, no, Tina! —Contestó el misionero— Podría sucederte algo”.

“Yo no tengo miedo, papa. José tiene ocho años. Él puede acompañarme”, insistió Tina.

Finalmente los padres permitieron que los dos niños hicieran ese peligroso viaje. Llevaron la Biblia y un himnario, y se fueron con el nativo.

Subieron colinas y atravesaron tranquilos valles. Viajaron entre bosques y viñas que trepaban sobre los árboles, siempre en pos de su guía. Era un viaje muy largo, y los niños se cansaron, pero no se quejaron. Finalmente el guía condujo a Tina y a José a las afueras de la aldea, donde doscientas personas estaban esperando al misionero. ¡Cuán sorprendidos estaban los nativos al ver a los dos niños blancos en compañía del mensajero!

Ya era hora de empezar el servicio fúnebre. Tina tomó la Biblia y leyó en 1 Corintios el capítulo 15. Este capítulo nos dice que los muertos saldrán de sus tumbas a la venida de Jesús.

Luego Tina dijo: “Siempre pedimos al gran Dios del cielo que señale las tumbas de nuestros amados para que los ángeles sepan dónde encontrarlos cuando Jesús venga. Inclínemos nuestras cabezas y cerremos los ojos mientras yo le pido que haga esto”.

Después de la oración, Tina dijo: “También acostumbramos a cantar un himno antes de dejar la tumba”.

Entonces ella y el pequeño José cantaron un hermoso himno acerca de la venida de Jesús.

Después del funeral, los valientes niños, tomados de la mano, empezaron a recorrer los dieciséis kilómetros de regreso a su casa. Subieron colinas, atravesaron valles, caminaron entre bosques y viñedos. Tina y José no tenían miedo ni cuando oían ruidos extraños en el bosque. ¿Por qué habrían de tener miedo estos pequeños misioneros de Jesús, siendo que Dios los acompañaba? Tina y José llegaron sanos y salvos a su hogar. Con corazones llenos de gozo los padres agradecieron a Dios por tener unos hijos que no tenían miedo de ir a cualquier parte por Jesús.

Pronto el padre se repuso del todo y pudo continuar con su trabajo. Notó que los nativos eran mucho más amigables. Muchos de ellos deseaban asistir a su escuela. Dios estaba ayudando al misionero y a su familia a ganar almas para Él.